

# LOS MOVIMIENTOS DE MUJERES Y LAS TRANSICIONES DEMOCRÁTICAS EN AMÉRICA LATINA

Jane S. JAQUETTE

*La participación política de las mujeres.*

*El surgimiento de los regímenes burocráticos autoritarios.*

*La transición del autoritarismo a la democracia.*

*Los movimientos de las mujeres: orígenes y metas.*

*Metas divergentes, estrategias convergentes.*

*Evaluación de los movimientos de mujeres: perspectivas para el futuro.*

*Las mujeres y el futuro de la democracia.*

Este ensayo examina el papel de las mujeres y del feminismo en la transición de la política autoritaria a la política democrática en cinco países de Suramérica durante la década de 1980. Parte de la premisa de que las transiciones democráticas latinoamericanas no pueden comprenderse correctamente si no se tiene en cuenta el papel desempeñado por las mujeres y las feministas. Asimismo, los cambios operados en los papeles políticos de las mujeres latinoamericanas no pueden evaluarse adecuadamente sin entender la política de transición.

Un examen más cuidadoso del papel político desempeñado por las mujeres durante las transiciones del autoritarismo militar a la democracia también plantea temas de la teoría y práctica feministas que trascienden la región misma. Las feministas en los Estados Unidos reivindican una teoría universal de injusticia y una visión global de lo que debe hacerse, a pesar de que su experiencia generalmente se limita a sociedades ricas, industrializadas y democráticas y en las cuales las mujeres de color son una minoría. Las feministas estadounidenses tienden a ver a las mujeres del tercer mundo como víctimas más que como creadoras de teoría feminista o como agentes de cambio.

La experiencia latinoamericana ofrece una perspectiva sobre temas importantes que están en el centro de una movilización internacional creciente de mujeres: ¿Cuál es la relación entre "mujer" y "ciudad"? ¿Cuáles son las estrategias disponibles que se pueden adoptar para trascender la entrada de las mujeres a la política y cambiar la agenda política y aún la definición de la política misma? ¿Puede tener éxito un enfoque de participación política que parte de las diferencias entre mujeres y hombres, en vez de hacer énfasis sobre su igualdad?

Las transiciones de regímenes militares autoritarios hacia la política democrática coincidieron con el resurgimiento de los movimientos feministas y el rápido crecimiento de organizaciones entre las mujeres urbanas pobres en América Latina. Esto ha conferido a los grupos feministas latinoamericanos una oportunidad única para articular el análisis feminista con temas políticos más amplios, con acciones directas y con los avances de la política del feminismo internacional.

## La participación política de las mujeres

La movilización política de las mujeres ha tenido una larga historia en América Latina. Desde las guerras de independencia libradas contra España a principios del siglo XIX hasta las guerras de guerrillas de las décadas de 1960-1970, las mujeres han estado activas en movimientos políticos amplios.

Las mujeres han organizado huelgas, han participado en demostraciones callejeras urbanas y se han afiliado a los partidos políticos, aún antes de obtener el derecho al voto. Desde la segunda guerra mundial, las condiciones de la vida urbana dieron origen a redes de organizaciones de barrio que presionaban por la obtención de servicios urbanos y precios mejores para el consumidor. Las mujeres se han organizado en clubes de madres y asociaciones "de costo de vida" para exigir escuelas, hospitales y para protestar contra el aumento de precios; han sido activas en las asociaciones de barrio, demandando títulos de propiedad y servicios básicos en los tugurios y asentamientos subnormales que albergan a una proporción sustancial de la población urbana de América Latina.

La historia del feminismo latinoamericano se remonta por lo menos un siglo a las campañas sufragistas de las mujeres. Al igual que en los Estados Unidos, el movimiento sufragista fue liderado por mujeres de clase alta y media alta y produjo una agenda reformista en vez de una guerra social, radical. El derecho al voto fue concedido a las mujeres sobre bases que tenían poca relación con los ideales feministas<sup>1</sup>. Por ejemplo, en el Ecuador, país conocido por su pobreza y relaciones sociales cuasi-feudales y no por su tradición democrática liberal o su avanzada legislación, a las mujeres se les concedió este derecho en 1929. Brasil, Uruguay y Cuba hicieron lo mismo a principios de los años treinta. Argentina y Chile, países que figuraban entre aquéllos que contaban con los ingresos

---

1 Véase Kraditor, Aileen S. *Ideas of the Women's Suffrage Movement, 1890-1920*. New York Columbia University Press, 1965.

per cápita y tasas de alfabetismo más altos no concedieron el voto a las mujeres sino después de la segunda guerra mundial, mientras que Perú, México y Colombia lo hicieron en la década de 1950.

La ausencia de correlaciones entre los indicadores económicos y educativos y el voto de las mujeres se debió en parte a la creencia ampliamente difundida de que las mujeres votarían por el *statu quo* y no por el cambio y que el voto femenino sería controlado por la Iglesia católica conservadora. Irónicamente, los conservadores fueron quienes otorgaron la ciudadanía a las mujeres en Chile, Brasil y Perú, con la intención explícita de utilizar el voto femenino para contrarrestar el creciente radicalismo político de un electorado masculino cada vez más movilizado<sup>2</sup>.

En estas circunstancias, el voto femenino no indicó un cambio de actitud hacia la mujer ni un compromiso político de tener en cuenta las cuestiones de las mujeres, aunque Argentina puede ser la excepción. Desde 1975, ha habido en esta región un incremento dramático en la movilización política de las mujeres en todos los sectores de la sociedad. Parece evidente que América Latina está experimentando una nueva época en la movilización de las mujeres, comparable en muchos aspectos al movimiento de emancipación femenina de principios del siglo XX, pero a escala mucho mayor.

La combinación de tres patrones de movilización de las mujeres le ha dado al "movimiento de mujeres" un papel reconocido en las transiciones democráticas: los grupos de los derechos humanos de las mujeres, los grupos feministas y las organizaciones de mujeres pobres urbanas. Cada una de estas ramas del movi-

---

2 Para una discusión sobre el voto de las mujeres en América Latina, véase Chaney, Elsa. *Supermadre; Women in Politics in Latin America*. Austin: University of Texas Press, 1979, Capítulo 3. Sobre el conservatismo de las mujeres, véase: Blough, William "Political attitudes of mexican women", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*. 14, mayo de 1972, y Neuse, Steven M. "Voting in Chile: The feminine response", en: John A. Booth y Michael Seligson (eds), *Political Participation in Latin America*, New York, Holmes and Meier, 1978.

miento de mujeres tuvo orígenes y metas diferentes; la oportunidad e inclusive la necesidad de cooperación surgieron de las demandas planteadas por el mismo proceso de transición.

En Argentina, Chile y Uruguay, por ejemplo, las mujeres fueron de las primeras en protestar contra las desapariciones y encarcelamientos masivos; las organizaciones de mujeres familiares de los desaparecidos constituyeron la espina dorsal de los grupos de derechos humanos y éstos se convirtieron en el tema central de los esfuerzos civiles dirigidos a expulsar a los militares. En algunos casos, el activismo femenino en materia de derechos humanos fue una extensión de su participación en las comunidades cristianas de base y recibieron apoyo de la Iglesia. En otras partes, especialmente en Argentina, las amas de casa, quienes nunca habían participado en actividades políticas, irrumpieron en el escenario político para protestar contra la pérdida de esposos e hijos. Estas mujeres no se consideraban a sí mismas feministas; por el contrario, su solidaridad y sus estrategias políticas fueron una extensión de sus papeles familiares tradicionales. El más famoso de estos grupos, Las Madres de la Plaza de Mayo de Argentina, tuvo un impacto sin precedentes y vino a simbolizar la indignación de la sociedad civil contra los regímenes burocrático-autoritarios de la región en su conjunto.

El surgimiento de los movimientos feministas en la segunda mitad de los años setenta constituyó una segunda dimensión importante en el crecimiento y la autodefinición del movimiento de mujeres. Las mujeres profesionales formaron grupos feministas, muchas de ellas miembros desencantados de partidos políticos de izquierda, frustradas por la negativa de la izquierda de tomar en serio los temas de las mujeres. En razón de sus orígenes activistas, estos grupos feministas estaban intensamente comprometidos con la vinculación del análisis feminista en favor de un cambio social profundo. Aumentaron en número y su compromiso feminista se intensificó con la incorporación de las exiliadas políticas que regresaron de las capitales europeas y norteamericanas con nuevas ideas y nuevos conceptos sobre la política feminista. Realizaron conferencias y talleres, ofrecieron asesoría legal y consejería feminista, como también ayuda a las víctimas de la tortura y la repre-

sión. A partir de 1981, los grupos feministas empezaron a reunirse en "encuentros" regionales, bianuales, con el fin de compartir experiencias y desarrollar agendas para la acción.

La oposición compartida al régimen militar ofreció la oportunidad de vincular los temas de la mujer con los de la oposición civil. El clamor por los derechos humanos estaba vinculado con los derechos de las mujeres y el análisis del autoritarismo militar se convirtió en una crítica del autoritarismo en la familia. El trato dado a las prisioneras políticas (el cual frecuentemente incluía la violación y otras formas de abuso sexual), la cínica manipulación de los lazos familiares para acrecentar la eficacia de la tortura, la ruptura de las familias y la distribución de los hijos de los "desaparecidos" pusieron de manifiesto la hipocresía tras la glorificación de la maternidad e hizo imposible evadir el tema de la sexualidad de las mujeres<sup>3</sup>.

El conocimiento sobre la práctica de la violencia contra las mujeres en las cárceles hizo que fuese aceptable hablar sobre la violencia contra la mujer en la casa y en la calle. Estas experiencias le proporcionaron a la teoría feminista latinoamericana una situación única desde la cual analizar los límites entre lo público y lo privado, para debatir acerca de cómo los grupos de mujeres pueden "hacer política" para lograr el cambio social en un contexto democrático y reestructurar las imágenes políticas e inclusive el lenguaje mismo de la política.

La tercera dimensión del movimiento de las mujeres en América Latina -y su potencial en los grupos de base- fue la movilización de las mujeres pobres urbanas. La profunda recesión de los años ochenta causó una crisis económica que muchos han comparado con la Gran Depresión de los años treinta. Los ingresos reales cayeron en forma dramática, en tanto que los altos ni-

---

3. Bunster Barotto, Ximena. "Surviving beyond fear. Women and torture in Latin America". En: Safa, Helen J. and Nash, June, eds., *Women and Change in Latin American*, South Hadley, MA, Bergin and Garvey, 1986.

veles de endeudamiento externo obligaron a los gobiernos a adoptar "programas de ajuste estructural" que aumentaron los precios de los alimentos y los bienes de consumo básicos a la vez que recortaron la inversión en servicios e infraestructura dirigidos a mejorar la situación de los pobres urbanos. Las renegociaciones de la deuda ofrecían pocas esperanzas con los compromisos de cumplir con los plazos para la amortización de intereses y la extensión de los plazos para la cancelación de la deuda hasta bien entrado el próximo siglo.

Como respuesta al declive económico, las mujeres urbanas pobres se vieron obligadas a depender de sus propios recursos para asegurar la supervivencia de sus familias. La formación de cocinas comunales y comités de barrio para la nutrición infantil y la atención básica en salud despertó el interés de varios grupos con distintos objetivos políticos, incluyendo a los partidos políticos, la Iglesia, las fundaciones internacionales y las agencias de cooperación. Aunque la participación de las mujeres en las organizaciones de barrio no es algo nuevo, el nivel de coordinación entre los grupos locales, la formación de "federaciones" de grupos con intereses similares y la vinculación de los grupos de barrio a las otras ramas del movimiento de mujeres ubicaron a esta nueva fase de la organización comunitaria en un contexto nuevo y más poderoso. La coincidencia entre las transiciones políticas hacia la democracia y el crecimiento de las organizaciones comunitarias entre las mujeres urbanas pobres dio a estas organizaciones un contexto más amplio en el cual trabajar, metas más ambiciosas, nuevos recursos políticos y una prueba del poder nacional.

## **El surgimiento de los regímenes burocráticos autoritarios**

La historia política de Suramérica se ha caracterizado por ciclos en los cuales se alternan regímenes militares y civiles. Los intentos iniciales de establecer repúblicas basadas en el modelo de la Constitución estadounidense se fueron a pique en el siglo XIX, teniendo frecuentemente como resultado el surgimiento de un caudillo. En el siglo XX, dos países suramericanos, Uruguay y Chile, se salieron de este patrón y establecieron gobiernos demo-

cráticos relativamente estables. En Argentina y Brasil surgió un nuevo estilo de liderazgo político de la crisis económica de los años treinta, fuertemente influenciado por el flujo de migrantes alemanes e italianos que se inició a finales del siglo XIX. Aunque hubo diferencias importantes entre los dos, los regímenes establecidos por Juan Domingo Perón en Argentina y Getulio Vargas en Brasil se diferenciaban del modelo liberal democrático e intentaron crear estados "corporativos". El Estado asumió un papel activo, estimulando la industrialización por sustitución de importaciones, y sirvió de mediador en las relaciones entre actores políticos claves: la oligarquía terrateniente, los industriales nacionales y extranjeros, la Iglesia y los sectores sindicalizados de la clase obrera, los cuales abarcaban desde obreros hasta maestros, trabajadores bancarios y empleados públicos.

A comienzos de los años sesenta todo parecía indicar que la época de los dictadores de la posguerra había terminado, Brasil, Argentina y Perú habían restablecido gobiernos democráticos con una generación de dirigentes activistas. Con la percepción de una nueva oportunidad para la cooperación, y temeroso de que la revolución cubana pudiera encontrar imitadores, el presidente Kennedy lanzó la Alianza para el Progreso y comprometió a los Estados Unidos a dar reconocimiento diplomático solamente a aquellos gobiernos que llegaran al poder a través de elecciones. Sin embargo, en 1970, el péndulo ya había regresado y Argentina, Brasil y Perú estaban bajo regímenes militares; en 1973, ya Chile había fracasado en su experimento socialista y su tradición democrática con el golpe del general Pinochet, y Uruguay estaba sufriendo un golpe "en cámara lenta" que le dio control total a los militares a mediados de los años setenta.

Hubo una diferencia importante entre esta fase de gobiernos militares y los ciclos en los cuales los caudillos alternaban con períodos de gobierno civil. Estos gobiernos militares nuevos representaban a las fuerzas armadas como institución, a diferencia del patrón anterior en el cual individuos ambiciosos habían utilizado al ejército como medio para obtener poder personal. En esta nueva ronda de golpes de Estado, los militares definían su tarea en términos muy amplios, declarando su intención de permanecer en

el poder "indefinidamente" hasta que su proyecto de reestructuración de la sociedad hubiese sido completamente realizado.

En Brasil, Argentina, Chile y Uruguay, las políticas de los militares fueron excluyentes. Las dictaduras se propusieron purgar la sociedad de individuos y grupos -invariablemente aquellos de la izquierda política- a los cuales los militares consideraban una amenaza para la preservación de los valores tradicionales; la religión, la familia y la propiedad privada. El caso peruano ofrece un contraste importante; aquí también los militares tomaron el poder confiados en su capacidad profesional para gobernar, pero su proyecto era la reforma progresista o aún radical, y sus políticas fueron diseñadas con el propósito de incorporar grupos nuevos, particularmente las clases bajas urbanas y los campesinos, al sistema nacional.

En todos los casos, con excepción del Perú, los militares también se propusieron rediseñar el modelo económico que había orientado el desarrollo latinoamericano a partir de la segunda guerra mundial. En vez de las estrategias proteccionistas de desarrollo basadas en la sustitución de importaciones, cuyo resultado fueron las altas tasas de crecimiento de los años cincuenta y sesenta (pero que fueron criticadas por ser inadecuadas para generar crecimiento futuro), los militares fueron los abanderados de las políticas "liberales" basadas en el crecimiento a través de las exportaciones. En lugar de racionalizar y reglamentar la presencia de las compañías foráneas, estos nuevos regímenes propiciaron la inversión extranjera.

El resurgimiento del autoritarismo militar en la región iba en contra de las predicciones de la teoría del desarrollo político, la cual había planteado una correlación fuerte entre el desarrollo económico y la democracia política. Por supuesto que la correlación no era perfecta, pero el modelo predecía que las probabilidades de democracia serían reforzadas si se daban ciertos prerrequisitos: una población alfabeta y educada y una economía en expansión constante. De acuerdo con los supuestos convencionales, Argentina, Uruguay y Chile, con ingresos per cápita y tasas de alfabetismo y escolaridad altas, debían haber avanzado bas-

tante en su proceso de conversión en democracias estables, Brasil, a pesar de una profunda brecha entre ricos y pobres, tenía la ventaja de contar con un mercado interno grande y una población dinámica; la elección de Juscelino Kubitschek en 1955 se consideró como una señal positiva de que Brasil se encarrilaba nuevamente por la senda democrática.

Por estas razones, los golpes militares ocurridos en Brasil en 1964 y en Argentina en 1966 fueron evidencia, no de desarrollo político sino, según la memorable frase de Samuel Huntington, de decadencia política. Producía aún más preocupación el hecho de que en Chile y Uruguay, en los años setenta, los militares intervinieron en sistemas políticos que habían funcionado bajo normas democráticas durante la mayor parte del siglo XX. Adicionalmente, estos regímenes militares estaban decididos no solamente a quedarse en el poder indefinidamente, sino también a utilizar en forma extensiva la represión y el terrorismo de Estado para despolitizar a sus ciudadanos y para silenciar la disidencia. Las instituciones democráticas dejaron de funcionar a medida que los cuerpos legislativos fueron cerrados o ignorados y los partidos políticos fueron prohibidos o severamente limitados. Los sindicatos fueron reprimidos o cooptados. Los individuos que habían sido políticamente activos, y aquellos de quienes los militares sospechaban por cualquier motivo, fueron sometidos arbitrariamente a prisión y tortura. Miles escaparon al exilio.

Surgieron tres tipos de teorías para explicar esta nueva fase del autoritarismo militar. La primera, en boga a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta, argumentaba que la cultura política latinoamericana era hostil a la democracia. Según este punto de vista, las constituciones democráticas latinoamericanas, las cuales imitaban el modelo estadounidense, no eran apropiadas para naciones donde el poder estaba en manos de los terratenientes, los militares y la Iglesia. En consecuencia, la política latinoamericana no estaba evolucionando hacia la democracia, porque la cultura política no producía un comportamiento democrático de parte de los ciudadanos o de sus dirigentes. Se decía, en cambio, que el corporativismo sería la forma política apropiada para las sociedades latinoamericanas y que el regreso de los militares de-

bía entenderse como el resultado del hecho de que la política en América Latina es y continuará siendo autoritaria en vez de democrática, jerárquica en vez de igualitaria, corporativista en vez de pluralista, religiosa en vez de secular<sup>4</sup>.

Los escépticos respondieron a esta ola de literatura sobre el autoritarismo latinoamericano planteando que los argumentos en favor de una cultura política corporativista eran poco convincentes porque explicaban demasiado: sistemas tan diversos como la dominación unipartidista en México, el experimento vertical con una revolución socialista de los generales peruanos y la dictadura del general Onganía, en Argentina, quedaban todos cobijados por el rubro corporativista, a pesar de sus políticas contradictorias y la diversidad de sus mecanismos de control. Además, la teoría no explicaba la razón por la cual, si el corporativismo era tan atractivo, tenía que ser implementado por los militares y respaldado por el uso draconiano de la fuerza.

En 1973, un politólogo argentino, Guillermo O'Donnell, planteó una explicación más precisa sobre el autoritarismo militar. O'Donnell sostenía que esta nueva y represiva forma de autoritarismo militar afectó a los países económicamente más avanzados de la región<sup>5</sup> y como hipótesis argumentó que los militares habían

---

4 Para la perspectiva cultural, véanse: Morse, Richard M. "The heritage of Latin America", en: Hartz, Louis B. (ed.), *The founding of new societies*, New York, Harcourt, Brace and World, 1964, y Wiarda, Howarth, "Toward a framework for the study of political change in the iberic-latin tradition: The corporative model", en: *World Politics* 25, January 1973, págs. 206-236. Sobre el corporativismo, véase: Pike, Frederick and Strich, Thomas (eds.), *The New Corporatism*, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1974; Malloy, James M. (ed.), *Authoritarianism and Corporatism in Latin America*, Pittsburg University of Pittsburg Press, 1977.

5 O'Donnell, Guillermo A., *Modernization and Bureaucratic Authoritarianism: Studies in South American Politics*, Berkeley, Institution of International Studies, University of California, 1973. Para una revisión crítica, véase: Serra, José, "Three mistaken theses regarding the connection between industrialization and authoritarian regimes", en: Collier, David (ed.), *The new authoritarianism in Latin America*, Princeton, University Press, 1979, págs. 99-164.

tomado el poder para manejar una nueva etapa de desarrollo. En las economías más avanzadas, la estrategia de la posguerra representada en la industrialización por sustitución de importaciones se había "agotado" y era necesario que estas economías entraran en una nueva fase de "intensificación" de su industrialización para poder generar un nuevo crecimiento. La intensificación se definía como el paso de la producción de bienes de consumo (altamente protegida) a la producción de bienes de capital y al aumento de la integración vertical de la economía.

La industrialización por sustitución de importaciones se había basado en la ampliación del mercado interno y era, por tanto, compatible con políticas de intervención económica del Estado y con los programas sociales populistas que reforzaban la capacidad de compra de los trabajadores. Sin embargo, la fase de intensificación requería un aumento del ahorro y de nuevas inversiones sustanciales, lo cual significaba recortar los programas sociales y retroceder la movilización popular que se había dado durante el período de la sustitución de importaciones. El dar reverso a la política populista necesitaba la represión. Para O'Donnell, el autoritarismo militar no representaba un "retroceso" temporal en la marcha hacia la democracia; por el contrario, lo consideraba como el camino que otros países menos avanzados de la región acabarían siguiendo en el futuro. O'Donnell clasificó estas nuevas dictaduras militares como regímenes "burocrático-autoritarios", término que captaba su naturaleza represiva y antidemocrática, así como el papel significativo desempeñado por los tecnócratas civiles y militares, quienes estaban a cargo del manejo de la nueva estrategia de desarrollo.

El surgimiento del autoritarismo burocrático, por una parte, y los experimentos chileno y aun el peruano, de movilización popular y redistribución radical, por la otra, sugieren que hubo dos estrategias muy diferentes para afrontar el "agotamiento" de la sustitución de importaciones. Una de ellas, defendida por la izquierda, planteaba que la industrialización por sustitución de importaciones podía rescatarse si se avanzaba más por el mismo camino; la redistribución del ingreso y el manejo estatal de la economía podrían estimular el crecimiento y a la vez disminuir la bre-

cha entre ricos y pobres. La segunda estrategia abogaba por el crecimiento basado en las exportaciones y el desarrollo de industrias que pudieran competir internacionalmente. Los regímenes militares de Argentina y Brasil y luego los de Uruguay y Chile, escogieron la segunda estrategia y demostraron estar dispuestos a pagar el alto costo político que entraña la desmovilización sindical, la represión de las instituciones democráticas y la censura de prensa.

La militancia creciente de obreros y campesinos se frenó, y los dirigentes obreros e intelectuales que insistieron en sus reivindicaciones fueron exiliados o "desaparecidos". El negocio ofrecido por los militares era un crecimiento económico rápido a cambio de una desmovilización política y la pérdida de las libertades democráticas. En Brasil y Chile, los gobiernos burocráticos autoritarios produjeron "milagros" económicos con los cuales lograron ganarse el apoyo de sectores claves de la sociedad civil, pero en Uruguay y Argentina los militares no tuvieron el mismo éxito económico; estos regímenes se vieron obligados a depender de la coerción al carecer de una base de legitimidad económica.

La tesis de O'Donnell ha sido ampliamente debatida y en buena parte aceptada. Algunos observadores han cuestionado el determinismo económico del modelo y lo han sustituido por un conjunto de argumentos políticos para explicar las motivaciones de los militares, por lo menos en las etapas iniciales. Resaltan la amenaza que los militares percibían en grupos guerrilleros organizados, tales como los Tupamaros en Uruguay o los Montoneros en Argentina, y plantean que la polarización política producto del intento de Salvador Allende de implementar una revolución socialista democrática fue la causa de la intervención militar en Chile<sup>6</sup>.

La teoría según la cual los militares respondían a una amenaza puede explicar la habilidad para escoger el momento oportuno

---

6 El mejor ejemplo del esfuerzo por diferenciar los factores políticos y económicos es el de Hirschman, Albert O., *The turn to authoritarianism*, págs. 61-98. Véase también: Remmer, Karen and Merks, Gilbert, "Bureaucratic authoritarianism revisited", en *Latin American Research Review*, 17:2, págs. 3-40.

para llevar a cabo las intervenciones militares, la dureza inicial de la represión (para liberar a la sociedad de la subversión interna) y la continuación de las políticas de terror para eliminar tanto a las organizaciones como a las ideas de izquierda. El apoyo conservador al autoritarismo militar puede entenderse no solamente en términos pragmáticos (en favor de las políticas económicas liberales y evadiendo la redistribución) sino también ideológicos (para rechazar la amenaza contra la propiedad privada). Si bien la tesis original de O'Donnell parecería ofrecer pocas esperanzas en relación con la restauración de la democracia, la perspectiva política predice que los militares se retirarán de la política cuando los partidos civiles organicen un apoyo amplio en torno a una estrategia centrista para gobernar.

En enfoque político agrega una dimensión importante para la comprensión del autoritarismo burocrático. Un punto de vista político más complejo introduciría el factor referente a los intereses institucionales de las fuerzas armadas: el profesionalismo de los militares, el cual ha funcionado en forma perversa en América Latina al dotar a los militares con las habilidades tecnocráticas y los motivos ideológicos para asumir el poder y al infundirles temor a las exigencias de los civiles de que los oficiales sean castigados por su participación en la implementación de las políticas de terrorismo de Estado. Este temor puede prolongar el deseo de los militares de mantenerse en el poder aún cuando sus políticas económicas y represivas ya no puedan ofrecer una justificación para ello.

### La transición del autoritarismo a la democracia

Luego de una década larga de gobierno autoritario en los años sesenta y setenta, se dio un viraje importante hacia la democracia a finales de los años setenta y en la década de 1980<sup>7</sup>. En cua-

---

7 Hay una literatura cada vez más abundante sobre las transiciones. Véanse, por ejemplo: O'Donnell Guillermo A., Schmitter Philippe C. y Whitehead, Laurence (eds.), *Transitions from Authoritarian Rule; prospects for Democracy*,

tro de los cinco casos aquí examinados -Argentina, Uruguay, Brasil y Perú- los gobernantes militares fueron reemplazados por regímenes constitucionales civiles. La excepción, claro está, fue Chile, pero aún en Chile hubo una amplia movilización política y una relativa libertad de expresión en la campaña en torno al plebiscito, que tuvo como resultado la victoria de los opositores de Pinochet en octubre de 1988 y el triunfo del candidato de la oposición, Patricio Alwyin, en 1989. Hubo otra elección democrática en 1993.

El viraje hacia la democracia en Suramérica comenzó en Brasil en 1975, cuando los militares iniciaron el lento proceso de la apertura política que llevó a la elección de un presidente civil una década después. La transición del Perú empezó en 1976, cuando un dirigente militar conservador asumió el poder, suspendió la reestructuración vertical y convocó una asamblea constitucional en 1978.

La tesis de este ensayo sostiene que el período de transición de una dictadura militar a un gobierno democrático no corresponde a la política habitual; ofrece oportunidades nuevas y plantea limitaciones diferentes. Los movimientos sociales -incluido el movimiento de mujeres- tuvieron una ventaja durante la transición porque pudieron movilizar a sus seguidores y sacar a la gente a la calle. Las transiciones son "aperturas" políticas en el sentido más amplio de la palabra; existe una voluntad general para repensar las bases del consenso social y revisar las reglas de juego. Esto ofrece una oportunidad extraordinaria a los movimientos sociales para plantear nuevas reivindicaciones y para influir sobre las expectativas populares. ¿Cuál fue el papel desempeñado por las mujeres?

---

Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1986; Drake, Paul W. y Silva, Eduardo, *Elections and Democratization in Latin America: 1980-1985*, San Diego, Center for Iberian Studies, University of California, San Diego, 1986; Baloyra, Enrique A. (ed.), *Comparing New Democracies, Transitions and Consolidations in Mediterranean Europe and the Southern Cone*, Boulder, Westview Press, 1987; y Malloy, James M. and Seligson, Mitchell (eds.), *Authoritarians and Democrats: Regime Transition in Latin America*, Pittsburg, University of Pittsburg Press, 1987.